

De compras por Teruel

Un kilo de carne. Un pollo o un conejo. Longaniza seca. Salchichas. Fruta del tiempo. Unas alpargatas. Un pozal. La receta para el tío. Una botella de butano. Un cepo para los ratones.

Pues no es precisamente que tengamos que madrugar este día, que Teruel está a un tiro de piedra y vamos en el coche propio. Y aunque así no fuera, el coche de línea pasa a las nueve en punto y a esas horas hay un cacho de día ya por delante y los recados no son muchos. Pero tampoco es caso de andarse uno con retrasos innecesarios, que luego el sol aprieta de firme, que luego en Teruel vendrán los encuentros, fortuitos o no, con los del pueblo que están por allí y con los que no son del pueblo que uno ya conoce de siempre y hay que quedar con ellos como Dios manda, que aquí uno no debe andarse con despistes ni giros de cara al otro lado, porque aquí te ven y luego te lo echarán en cara, que no los has querido conocer, porque seguro que los viste, que pasaron a tu lado junto al kiosco de periódicos de la plaza del Torico, por donde todo el mundo pasa. Y que Teruel con su encanto especial, algo que ya perdieron las otras capitales, se presta a ello generoso y solícito y la charramenga habrá de surgir necesariamente, por cualquier cosa, con cualquiera y en cualquier lugar.

A uno a veces, según está el día y el horno, le da algo de rabia, cuando nada más entrar por la calle de San Francisco te topas con los mismos artilugios que tienes allá. Unos semáforos grandullones y bisojos, vizqueantes, que te hacen momos, que no sirven casi para nada y te despistan y te hacen esperar un montón. Salvado este primer escollo, como una primera broma que te han querido gastar, enseguida te plantas en ese endiablado y maltratado Ovalo y te alegra la espléndida vista de ese viejo viaducto, al que pronto le pondrán una sombra como escarnio y mofa, como retirándolo ya por achacoso y viejo. Y llegas al endiablado cruce, donde se ponen poco los guardias o a lo mejor es que uno, un poco forastero que eres allí no lo ves. Y enseguida llegarás a la estación de autobuses, que no hay más remedio si vas en el coche de línea y si en tu propio coche también te gusta meterte por allí, por si acaso encuentras donde dejarlo. Y de aquí se parte casi siempre, a menos que te hayas metido por los Chorros de las Cuevas del Siete y el Puente la Reina, en busca de alguna sombra que por allí suele haber; o que no encuentres sitio como tú buscas y tengas que pasar hacia el Ensanche y casi seguro que aprovechas para ir a la residencia del Seguro y ver al último de tu pueblo que hace unos días ingresó malo.

Que las distancias en Teruel no son largas y es muy ameno recorrerlas, viendo a cada paso lo que se hace y lo que no se hace, lo que se podría hacer con Teruel. Pero molesta un tanto llevar auestas este engorroso trasto, que te han dicho en Casa de Mateu que ellos ya no lo venden y te mandaron a otra droguería que está cerca de los Arcos, pero que tampoco allí la tienen y has de ir por Puente la Reina, pero no sabe si por el viejo o el nuevo, pero al final pudiste dar con ellos y ya tomaste buena nota para cuando tengas que comprar más y decírselo al que te pregunte. Dios qué lata, cuántos pasos tienes que dar.

Y como es día de mercadillo, ese que ponen en la pintoresca explanada donde antaño se jugaba a la pelota y también servía de ferial para las caballerías, mientras tú te vas cargado ya hacia el coche a llevar alguna cosa, tus compañeros del día, las que se pegaron a tu mujer, se quedarán, que dicen que les viene a las mil maravillas y quedarás en encontrarte con ellas en esa carnicería de ahí cerca donde tanto compramos los del pueblo, porque tiene las salchichas, longanizas y güeñas que nos gustan, con sabor a la sierra, con nuestros viejos sabores.

Y de vueltas ya del recado, unas veces con el coche que lo habrás acercado un poco, otras que lo habrás tenido que dejar allí aunque arda de tanto calor. O habrás dejado la botella y lo otro en la consigna de la estación, que no es caso de ir cargado mientras sigues de compras y recorriendo las calles para hacer tiempo.

Te encuentras pronto en Teruel. Allí estarán las parientas a las que dejaste hace un rato, cargadas de bolsas que no pueden más, que ya compraron en tu ausencia lo que a ellas correspondía como buenas amas y defensoras de la economía del hogar y hasta te han comprado las alpargatas que tú querías, que las vieron en un tenderete y a un buen precio. Y está con ellas el vecino, cargado también de trastos, que se subirá con nosotros al pueblo.

Es curioso. Como me encanta deambular por Teruel; aunque sea comprando. Ese casco viejo, lleno a rebosar de tiendas, grandes unas, diminutas otras; pero que todas registran en ese momento que yo quiero comprar mucha animación, muchos clientes, donde predominan y se nota mucho por sus modos y costumbres, los oriundos, aunque la prolongada ausencia haya cambiado un tanto sus expresiones habituales, sus andares, y los asiduos visitantes de siempre, convirtiendo a estas calles y tiendas en una curiosa, aunque minúscula Babel, con ligerísimos matices de cosmopolitismo a tenor de esa corriente que

puede originar el singularismo y la belleza de una ciudad-pueblo encantadora, con muestras de arte incomparables.

Esas tiendas con dependientes tranquilos, que parecen seres no salidos totalmente del letargo invernal, que hacen un esfuerzo por venderte lo que ellos tienen, mártires de temporada a los que a veces tanto se molesta en su trabajo, solicitándoles productos o servicios que ellos no conocen bien; recordándoles la amistad que hiciste con ellos el año pasado u otro, que también estuviste en su tienda y les compraste aquel curioso cepo para los ratones que hoy les pides y que ya no se vende y una vetas para las alpargatas viejas que tienes en el pueblo.

Es un auténtico gozo ir de compras por Teruel. Donde tanto compensa saber que a la vuelta de cualquier esquina toparás con el pariente, el amigo, el vecino, el compañero del año pasado que también éste ha venido. Donde miras a tu alrededor y parece que todos son de tu pueblo, todos tus amigos, todos de casa. Donde no se intuye peligro o desconfianza, donde te conoces, donde eres uno de la familia, no masa. Y te entran ganas de saludar a todos, de decirles adiós a todos cuando pasan por tu lado.

Desde estas tiendas calurosas donde tienes casi de todo lo moderno; o estas otras que tanto se parecen a las de tu pueblo; esos dependientes que hacen casi de todo un poco y que tienes la impresión de que sí, que los conoces de siempre, y es que los sueles ver, en la tienda o en la calle y los veías cuando tú bajabas de compras a Teruel tantos años hace, que no te habías ido del pueblo aún y luego los has ido viendo de visita.

Calles estrechas y sombreadas, de casas viejas pero hermosas, que te hablan con modestia de una historia que enriquece tu pensamiento y te hace soñar. Contiendas, peleas, romances y amores que han dejado su impronta; heroísmos llevados al límite, claudicaciones sin cuento, traiciones. Calles tranquilas y hermosas que nos hablan de su pasado, en un tremendo contraste con otra modernidad imperante que no se resigna a perder por nada ni ante nadie.

Tantos y tantos recuerdos de cosas buenas y majas que acuden a la memoria y que el tiempo les ha dado su pátina. Cuando paseas por estas bellas calles que quieres tanto casi como a las calles de tu pueblo, en este día que andas de compras por Teruel.

Calles cuyos nombres rebotan en tu mente a diario, cuando estás en Teruel y cuando estás fuera de él. Nombres que todo lo dicen, Amantes, Tozal, Ovalo, Torico, San Francisco, San Juan, Glorieta y tantas otras.

Donde tenía aquel querido y viejo amigo su taller de bicicletas y que también era músico. Aquel bar que tanto solíamos visitar; la casa de comidas aquella, diminuta y curiosa, donde dejábamos los bultos hasta que salía el coche de línea; aquella tienda de albarcas donde todos comprábamos de tan querido y notable amigo, la posada, lugares donde entrabas como a tu propia casa y que ahora ya casi todo es solo recuerdo, pero que a ti te gusta saborear, ponerle un poco de pasión para superar la realidad, plantarte ante la puerta cuando pasas, si es que aún está y pensar, pensar siempre en tantas cosas que ya han quedado atrás.

Y mientras las compañeras de viaje de ese día se acicalan en la peluquería, que a lo mejor son vísperas de fiestas mayores y quieren ponerse un poco más majas, que para todo hay gustos y no es cuestión de criticar ni colgar romances, no faltará la visita al barecico ese tan pequeño, catedral de los callos y otras suculencias que tan bien caen a esta hora bien entrada del día, y al otro más grande del chaflán que es punto de cita obligada para encontrarse, hasta que aparezcan las compañeras y compartamos con ellas algo y a comprar alguna cosa si se olvidaba.

Con la clásica modorra que suele aparecer a estas horas, los recados y compras hechos, habrá que refugiarse en algún sitio hasta que salga el coche de línea, y si tienes el tuyo propio montar diligente y salir a todo gas, y si no es muy tarde habrá que obligar al viajero que hoy se ha pegado a que pague un aperitivo en San Blas, o que al llegar al pueblo nos de a probar ese buen vino que dicen tiene en su bodega y de ese jamón que le curan todos los años en el pueblo, al amor fresco de la entrada, antesala que siempre fue de la casa, antaño de las caballerías, hoy remanso de sosiego bien ganado, y de paz, evocador de tantos y tantos recuerdos.